



unánimes

# Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

17.- Mujer con flujo de sangre



unánimes

Estudios Bíblicos

N.17.- Mujer con flujo de sangre

## 1. El texto

### Marcos 5:25-34

*Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho a manos de muchos médicos, y había gastado todo lo que tenía y de nada le había servido, antes le iba peor, cuando oyó hablar de Jesús se acercó por detrás entre la multitud y tocó su manto, porque decía: «Si toco tan solo su manto, seré salva». Inmediatamente la fuente de su sangre se secó, y sintió en el cuerpo que estaba sana de su azote. Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, preguntó:*

*—¿Quién ha tocado mis vestidos?*

*Sus discípulos le dijeron:*

*—Ves que la multitud te aprieta, y preguntas: “¿Quién me ha tocado?”.*

*Pero él miraba alrededor para ver quién lo había hecho. Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él y le dijo toda la verdad.*

*Él le dijo:*

*—Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda sana de tu enfermedad.*

## 2. Introducción

Mientras Jesús se dirige a casa de Jairo, el alto dignatario de la sinagoga, de pronto se produce esta interrupción. Durante su ministerio terrenal, Jesús fue interrumpido muchas veces; por ejemplo: mientras hablaba a la multitud, o conversaba con sus discípulos, o viajaba, o dormía, u oraba. Ninguna de estas intrusiones lo confundió, nunca se quedó momentáneamente desorientado en cuanto a qué decir o qué hacer. ¡Esto demuestra que nos hallamos frente al Hijo del Hombre que es a la vez el Hijo de Dios! Lo que nosotros llamaríamos una “interrupción” fue para Él un trampolín o punto de partida para pronunciar grandes palabras, o como aquí, para realizar una obra maravillosa, revelando su poder, sabiduría y amor. Lo que para nosotros hubiera sido una situación penosa, para Él fue una oportunidad preciosa.

## 3. El flujo de sangre

*Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho a manos de muchos médicos, y había gastado todo lo que tenía y de nada le había servido, antes le iba peor...*

Esta vez, quien le interrumpe es una mujer. Durante doce años había estado sufriendo hemorragias; literalmente ella había estado “en (una condición de) flujo de sangre”. Hay quienes creen que el flujo era constante. Otra opinión dice que a través de los doce años la periódica y excesiva pérdida de sangre, le impedía sentirse fuerte y con salud, y que en este preciso instante estaba nuevamente sufriendo a causa de una hemorragia.

Había sufrido mucho a manos de muchos médicos. Aunque es cierto que aun hoy día los médicos a veces cometen errores, como sucede con otros profesionales, sería difícil sobrestimar el valor de un médico capaz y dedicado a su labor. En el caso que aquí se relata, los resultados de los tratamientos no habían sido favorables. La salud de la pobre mujer se había deteriorado gradualmente y esto en parte a causa del mismo cuidado que los doctores le habían prodigado.

Esto no debe interpretarse como si se quisiera dar a entender que el arte de la sanidad en Israel era muy deficiente en comparación con lo que se practicaba en las naciones circundantes de aquel tiempo. Es verdad que la ciencia médica, en el sentido técnico de la palabra, estaba todavía en su infancia. No obstante, los judíos, al menos en algunos importantes aspectos, se hallaban a la cabeza de todos los demás. Ellos creían en la eficacia de la oración al único Dios que gobierna el cielo y la tierra y, por tanto, también sobre el cuerpo y el alma, y sobre la vida y la muerte, la salud y la enfermedad. A ellos les fueron dados los Diez Mandamientos, que han sido llamados “el código supremo de higiene mental”. La ordenanza de la circuncisión también merece consideración en relación con esto. Añádase a esto la gran cantidad de regulaciones higiénicas que se hallan en el Pentateuco, el énfasis en la influencia de la mente sobre la salud del cuerpo, las exhortaciones contra las emociones carentes de amor con su nocivo efecto sobre el bienestar físico, el repetido mandamiento de confiar en Dios y dejar los afanes. Todo esto muestra que, con respecto al cuidado del cuerpo y otras muchas cosas, Israel estaba mucho más avanzado que otros pueblos.

Sin embargo, en este caso concreto los doctores no habían tenido éxito. ¿Por qué? Pudo haber sido que el hecho de que esta mujer estuvo yendo de “un médico a otro” hubiese tenido algo que ver con el problema. Incluso en nuestro tiempo no se puede recomendar sin reservas la costumbre de algunas personas de ir de un médico a otro, y después a otro, y aún a otros más, aunque ciertamente puede haber algunos casos en que esto sea necesario. Parecería, sin embargo, que la mejor respuesta a la pregunta de por qué esta mujer no se sanaba, la da uno que era médico, a saber, Lucas, quien afirma claramente que esta era una enfermedad incurable, humanamente hablando y a la luz de la terapéutica de aquellos días.

#### **4. Su fe en Jesús**

*...cuando oyó hablar de Jesús se acercó por detrás entre la multitud y tocó su manto, porque decía: «Si toco tan solo su manto, seré salva».*

Cuando finalmente la mujer decidió ir a Jesús, ya había gastado todo su—diríamos “escaso”—dinero. Había perdido la salud, la fortuna, y a causa de la naturaleza de su mal, también su posición en la sociedad y especialmente en la comunidad religiosa. Su situación era tal, que la hacía ceremonialmente impura.

Pero había una última razón para la esperanza: ¡Jesús! Lo llamativo es que todo tipo de gente iba a Jesús. No sólo acudían las personas prominentes como Jairo, sino que también la gente común como esta pobre mujer. Parece que presentían que su poder y compasión responderían a las necesidades de toda clase social.

No es raro, sin embargo que, debido a su enfermedad, aquella mujer sintiese temor de presentarse en público. Ella no pretendía entrar en contacto físico con Jesús mismo. Meramente tocaría su manto y aun así (véase Mateo y Lucas) sólo una de las cuatro borlas de lana que todo israelita debía llevar en las cuatro esquinas del manto cuadrado que usaban para recordar la ley de Dios. Naturalmente la forma más fácil de acercarse para tener contacto físico con un manto, sin ser notado, sería ir por detrás y tocar la borla que se movía libremente por la parte de atrás del manto. El que llevaba el manto puesto, según creía ella, jamás se daría cuenta de lo que sucedía. Así que habiendo oído los maravillosos relatos acerca de Jesús, vino por detrás y tocó la borla, o como Marcos lo expresa, “su manto”.

La razón de tocar el manto de Cristo se da en el versículo 28. Porque dijo, “Si tocare tan sólo sus vestidos seré sanada”. La grandeza de la fe de esta mujer consistía en que creía que el poder de Cristo para sanar era tan asombroso, que aun el mero contacto con sus ropas produciría una cura instantánea y completa.

Es evidente que la fe de esta mujer no era perfecta, pues creía que el acto de tocar era necesario y que Jesús nunca se daría cuenta de ello. Pero Él sí lo notó y recompensó su fe restaurándole la salud y luego le dio una oportunidad para cambiar su “fe oculta” en “fe manifestada”, lo que resultó en una mayor fortaleza.

## 5. Fe recompensada

*Inmediatamente la fuente de su sangre se secó, y sintió en el cuerpo que estaba sana de su azote.*

Y al instante cesó su hemorragia y sintió en su cuerpo que había sido sanada de su enfermedad. Literalmente, “*Inmediatamente la fuente de su sangre se secó*”. La recuperación fue instantánea. En un instante la hemorragia cesó completamente. La salud y el vigor surgían por todas las partes de su cuerpo. El “azote” o la “enfermedad” que la había estado afligiendo desapareció. No sólo desapareció su problema sino que ella misma notó y supo que había desaparecido.

Lo sorprendente es que, aunque la fe de esta mujer estaba lejos de ser perfecta, no obstante el Señor bondadosamente la recompensó. Además, la recompensa afectó no sólo a su cuerpo, sino también a su alma; o, diciéndolo de otra forma, no sólo fue recompensada su fe, sino que también fue mejorada y elevada a un nivel más alto de desarrollo, de modo que la fe oculta se transformó en fe manifestada.

## 6. Lo que hace Jesús

*Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, preguntó:*

*—¿Quién ha tocado mis vestidos?*

Ahora bien, estando Jesús bien consciente de que poder procedente de Él había salido de Él, de inmediato se volvió entre medio de la multitud y preguntó, “¿Quién tocó mis vestidos?”. Jesús no ignoraba el hecho de que alguien le había tocado y esto no de forma accidental sino intencionadamente y no sólo con la mano, sino con fe. Sabía que el poder que había dentro de Él y que procedía de Él, había respondido a esa fe.

Lo que Jesús quería ahora era que se completara el círculo, fuera quien fuera el que le había tocado. ¿Qué círculo? El que se indica en muchos pasajes de las Escrituras, incluyendo, por ejemplo:

### **Salmo 50:15**

*Invócame en el día de la angustia; Te libraré, Y tú me honrarás.*

Cuando las bendiciones descienden del cielo, los que las han recibido deben responder en forma de acciones de gracias. Así se completa el círculo. A su manera, esta mujer había invocado a Jesús. Él la había rescatado, pero ella todavía no le había glorificado. Hasta ese momento era como los nueve leprosos sanados que no regresaron:

### **Lucas 17:17, 18**

*Respondiendo Jesús, le dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? y los nueve ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?*

Sin duda alguna ella había “creído en su corazón”. Pero aún no había “confesado con su boca”. Con el fin de hacer brotar esta respuesta favorable, Jesús inmediatamente se volvió hacia la multitud y preguntó, “¿Quién tocó mis vestidos?” O, según lo expresa Lucas, “¿Quién es el que me ha tocado?”, significando “¿Quién me ha tocado intencionadamente?”

## 7. La respuesta de los discípulos

*Sus discípulos le dijeron:*

*—Ves que la multitud te aprieta, y preguntas: “¿Quién me ha tocado?”.*

Los discípulos cometen nuevamente el muy repetido error de interpretar las palabras de Cristo en su sentido literal más rígido, como si Jesús estuviese pensando en un mero tocar físico.

Aquellos hombres y otros también, tenían la costumbre de aplicar la regla de la interpretación literal a las palabras de Cristo, la misma regla que en ciertos sectores del cristianismo aún en el día de hoy se recomienda tan vivamente. Por supuesto que Jesús no estaba negando que le habían tocado literalmente, pero Él se refería a algo muy superior a esto, es decir, al tocar con fe, a lo verdaderamente efectivo, hasta el punto que, en respuesta a ello, emanó poder de él.

Encabezados por Pedro, los discípulos responden, “Ves que la multitud te aprieta, y tú preguntas ...”. Esto revela no sólo falta de entendimiento sino también una falta de respeto y de sumisa reverencia que los discípulos debían haber mostrado para con su Maestro. Es decir, aquella observación crítica era inconsiderada, de mal gusto, cruda y ruda. El Maestro mostró su grandeza al no contestarla.

## 8. La búsqueda de Jesús

*Pero él miraba alrededor para ver quién lo había hecho.*

Pero Jesús siguió mirando en derredor para ver quién lo había hecho. Fue una mirada larga y escrutadora. Jesús ya sabía quién era la persona. Miró en derredor y repentinamente fijó sus ojos sobre la mujer.

Ahora bien, no se puede negar que por su naturaleza divina Jesús era omnisciente. Tampoco puede negarse que esa naturaleza divina a veces le impartía a su naturaleza humana información que, probablemente, no habría recibido sin su asistencia. No obstante, esto no significa que la naturaleza humana de Cristo fuese también de por sí omnisciente. La expresión “siguió mirando en derredor—o: miraba alrededor—para ver”, ciertamente hace inaceptable la idea de que Jesús ya sabía quién era la persona que le había tocado.

El original tiene un participio femenino, de modo que se podría traducir, “Pero Él miraba en derredor para ver quién era la que había hecho esto”. Sobre esta base, se ha afirmado que Jesús al menos sabía que la persona que le había tocado era una mujer.

¿Pero no es más razonable considerar que el participio femenino viene de la mano de Marcos, el escritor del Evangelio, quien supo más tarde acerca del caso?

En vista de todo lo dicho, parece que la interpretación más natural sería que Jesús con su tierno corazón de Salvador, deseaba otorgar un favor adicional sobre quienquiera que fuese

la persona que le había tocado. “Siguió mirando en derredor para averiguar” quién era esa persona.

## 9. La respuesta de la mujer

*Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él y le dijo toda la verdad.*

La mujer había oído que Jesús preguntaba, “¿Quién tocó mis vestidos?” También había observado su penetrante mirada. Sabía “lo que había sucedido en ella” en respuesta a su acto de fe. Ella probablemente había oído también la respuesta totalmente inadecuada de los discípulos. Su conciencia le debió decir que había que responder con la verdad a la pregunta de Cristo, ¡y que esto lo debía hacer ella!

Sin embargo, no le era fácil hacer lo que sentía que debía hacer. En aquel tiempo y en aquel país, se consideraba impropio que una mujer hablase en público. Y aún más sobre un tema como éste: la enfermedad física concreta que la afligía. Y el hecho de que ella, en tal situación, hubiera tocado deliberadamente al Maestro, ¿no haría que lo que ya era impropio ante los ojos de los presentes resultara más grave aún? Sí, ¿y tal vez a los ojos del propio Jesús? ¿No la reprendería quizá?

Podemos entender, entonces, por qué confesó y también por qué lo hizo “temiendo y temblando”. Estaba muy asustada y todo su cuerpo temblaba. Pero fue y dijo toda la verdad, refiriéndose probablemente a todos los hechos mencionados en los versículos 25–29.

El resultado no fue una reprimenda, sino todo lo contrario, según se ve por la primera palabra que Jesús le dijo, y también por lo que sigue.

## 10. La ternura de Jesús

*Él le dijo:*

*—Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda sana de tu enfermedad*

Con mucho cariño Jesús la llama “hija”, aunque quizás no era más joven que Él. Pero Jesús habla como un padre a su hija. Además, la alaba por su fe, a pesar de que no era una fe perfecta y aunque según lo indica el versículo 27, fue Él mismo quien, mediante sus maravillosas palabras y hechos anteriores, había hecho brotar esa fe. Su fe, aunque no fue la causa fundamental de su curación, había sido el conducto por medio del cual la curación se había realizado. La fe había sido el instrumento usado por el poder y el amor de Cristo para efectuar su recuperación. Resulta maravilloso que Jesús no le diga nada acerca de su propio poder y amor, que son la causa básica del bienestar actual de ella, sino que haga mención especial de la fe, que sin Él, que es quien da la fe como regalo, ella no habría podido po-

seer, ni le habría sido posible ejercer. Además, al decir, “Tu fe te ha sanado”, estaba subrayando que lo que la sanó fue la respuesta personal que Él dio a fe personal de ella, quitando así de su mente cualquier vestigio de superstición, como si las vestiduras de Jesús hubiesen contribuido en algún grado a la curación.

Por medio de estas palabras alentadoras, Jesús también abrió el camino para la reintegración total de la mujer a la vida social y religiosa y a la comunión con su gente. Ahora ella podía irse y desarrollar el resto de su vida “en paz”, es decir, con la sonrisa de Dios sobre ella y la gozosa convicción interna de esta sonrisa.

Probablemente, en esa orden alentadora, “vete en paz”, hay algo más. Hay que tener en cuenta las palabras que siguen inmediatamente: “Queda—Sé y permanece—sanada de tu enfermedad (literalmente: tu azote)”. También hay que recordar que Jesús habló en el idioma popular que entonces usaban los judíos (el arameo). Estas dos consideraciones nos permiten inferir que aquí está implícito nada menos que el sentido completo del hebreo Shalom, es decir, bienestar tanto del cuerpo como del alma.

Ninguno de los evangelistas indica la reacción de la mujer a estas palabras bondadosas del Salvador, pero ¿no sería correcto afirmar que su alma se sintió inundada de alivio y de gratitud sin límites? ¿Acaso no se llenó con la clase de emoción que experimentó el inspirado compositor del Salmo 116?

### **Salmo 116:12-19**

*¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?*

*Tomaré la copa de la salvación e invocaré el nombre de Jehová. Ahora pagaré mis votos a Jehová delante de todo su pueblo.*

*Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos.*

*Jehová, ciertamente yo soy tu siervo, siervo tuyo soy, hijo de tu sierva. Tú has roto mis prisiones. Te ofreceré sacrificio de alabanza e invocaré el nombre de Jehová.*

*A Jehová pagaré ahora mis votos delante de todo su pueblo, en los atrios de la casa de Jehová, en medio de ti, Jerusalén.*

*¡Aleluya!*

Jesús la había sanado. Él le había impartido una doble bendición: había restaurado su cuerpo, lo que la impulsó a dar testimonio, de modo que la fe oculta se transformó en fe manifestada. Ahora le sería posible ser, e indudablemente fue, una bendición para otros, para gloria de Dios.

## **11. En conclusión**

La mujer de este pasaje sufría un mal que era muy corriente y muy difícil de tratar. El mismo Talmud propone no menos de once curas para esa dolencia. Algunas de ellas no son



más que tónicos y astringentes; pero otras son sencillamente supersticiones, como llevar las cenizas de un huevo de avestruz en una faja de lino en el verano y de algodón en invierno; o llevar una espiga de cebada que se hubiera encontrado en el estiércol de una burra blanca. Sin duda esta pobre mujer había probado hasta esos remedios desesperados. Lo malo era que aquello no solamente afectaba la salud de una mujer, sino que la mantenía en una condición de impureza ritual y le impedía participar en el culto a Dios y en el trato con las demás personas.

Marcos se mete aquí un poco con los médicos. La mujer había acudido a todos los que había podido y había sufrido mucho con los tratamientos, y se había gastado todo lo que tenía; y el resultado había sido, no ponerse mejor, sino peor. La literatura judía es interesante en el tema de los médicos. «Yo solía ir a los médicos -dice una persona- para que me curaran; pero cuanto más me ungían con sus pócimas, más se me nublaban los ojos, hasta que me quedé completamente ciego» (Tobías 2:10). Hay un pasaje en la Misná, que es un resumen de la ley tradicional, hablando acerca de los negocios a los que se puede dedicar a un hijo. «Rabí Yehudá dice: "Los muleros son en su mayoría unos canallas; los camelleros son en su mayoría gente como es debido; los marinos son casi todos santos; los mejores entre los médicos están destinados a la gehena (infierno), y los más aceptables de los carniceros son colegas de Amalec (hijo de Esaú que peleó contra Israel)."»

Aquí hay que tener en cuenta el humor característicamente judío, aplicado a una profesión digna y respetada en la que los judíos siempre descollaron. Y afortunada y justamente hay voces en el sentido opuesto.

Los médicos no habían tenido éxito en el caso de esta mujer, y ella había oído hablar de Jesús. Pero ella tenía este problema: su dolencia era doblemente embarazosa; el meterse entre la gente y confesarlo abiertamente era imposible, porque contaminaba a todos los que tocara, aunque fuera un roce mínimo; pero a pesar de todo decidió tratar de tocar, aunque sólo fuera la ropa de Jesús, en secreto. Cualquier judío devoto llevaba una ropa exterior con cuatro flecos, uno en cada extremo. Estos flecos se llevaban obedeciendo el mandamiento de la Torah:

#### **Números 15:37-40**

*Jehová habló a Moisés y le dijo: «Habla a los hijos de Israel y diles que se hagan unos flecos en los bordes de sus vestidos, por sus generaciones; y pongan en cada fleco de los bordes un cordón de azul. Llevaréis esos flecos para que cuando lo veáis os acordéis de todos los mandamientos de Jehová. Así los pondréis por obra y no seguiréis los apetitos de vuestro corazón y de vuestros ojos, que han hecho que os prostituyáis. Así os acordaréis y cumpliréis todos mis mandamientos, para que seáis santos ante vuestro Dios.*

Estos flecos eran para indicarles a los demás, y al mismo que las usaba, que era un miembro del pueblo escogido de Dios. Eran el emblema de todo judío piadoso. Fue uno de esos

flecos lo que tocó la mujer escurriéndose entre la multitud y en cuanto lo tocó sintió la emoción de saberse curada.

Aquí tenemos a una mujer que vino a Jesús como su última esperanza; había probado todas las otras curas que el mundo pudiera ofrecer, y finalmente probó con Jesús. Muchas y muchas personas han venido a buscar la ayuda de Jesús cuando estaban al borde de la desesperación. Puede que hubieran luchado contra la tentación hasta no poder más y le extendieron la mano gritando: ¡Señor, sálvame, que estoy perdido! Puede que hubieran luchado con alguna responsabilidad agotadora hasta no poder más y entonces clamaron por una fuerza que ya no tenían en sí mismos. Puede que fueran personas que habían trabajado para alcanzar la bondad que anhelaban, sólo para verla cada vez más lejos, hasta sentirse totalmente frustrados. Ninguna persona tendría por qué acudir a Cristo obligada por las circunstancias y sin embargo muchos vienen así; pero aunque sea así como venimos, Él no nos despedirá con las manos vacías. Aunque todo nos falle, Él no nos fallará.

Este pasaje nos dice algo acerca de tres personas.

- a. Nos dice algo acerca de Jesús. Nos habla del costo de la sanidad. Cada vez que Jesús curaba a alguien, algo salía de Él. Aquí tenemos un principio universal de la vida. Nunca produciremos nada que valga la pena a menos que estemos dispuestos a poner algo en ello de nosotros, de nuestra misma alma. Ningún pianista ofrecerá nunca una interpretación realmente grande si se limita a tocar la pieza de música con una técnica perfecta. La interpretación no será grande a menos que al final de ella el intérprete esté agotado por la entrega de sí mismo. Ningún actor ofrecerá nunca una gran interpretación si no hace más que repetir las palabras con la debida inflexión y con los gestos correctos, como un autómata perfectamente programado. Sus lágrimas han de ser lágrimas reales; sus sentimientos tienen que ser sentimientos reales; tiene que dar algo de sí mismo en su representación. Ningún predicador que haya predicado nunca un verdadero sermón se bajará del púlpito sin un sentimiento de que se ha drenado de algo. Si hemos de ayudar alguna vez a otros, tenemos que estar dispuestos a entregarnos a nosotros mismos. Todo depende de nuestra actitud hacia los demás.

Consideremos por otra parte a Moisés después que el pueblo había hecho el becerro de oro cuando él estaba en la cima de la montaña. Recordemos cómo le pidió a Dios que le borrara del libro de Sus memorias a cambio de que perdonara al pueblo (Éxodo 32:30-32). Recordemos también el sentimiento de Pablo hacia Israel y que estaba dispuesto hasta a condenarse para que su pueblo se salvara (Romanos 9:1-3).

La grandeza de Jesús se ve en que estaba dispuesto a pagar el precio de ayudar a otros, y que ese precio era derramar Su propia vida. Seguimos Sus huellas solamente cuando

estamos dispuestos a gastar, no nuestro dinero, sino nuestra fuerza y nuestra alma, por otros.

- b. Nos dice algo acerca de los discípulos. Nos muestra muy gráficamente las limitaciones de lo que se llama “el sentido común”. Los discípulos tenían un punto de vista de sentido común. ¿Cómo podía evitar Jesús que Le tocaran y que Le apretujaran en medio de una muchedumbre así? Esa era la manera sensata de considerar las cosas. Aquí surge el hecho extraño y punzante de que no se habían dado cuenta de que a Jesús Le costara nada sanar a los enfermos.

Una de las tragedias de la vida es la falta de sensibilidad de la mente humana. A menudo dejamos de darnos cuenta de lo que otros están pasando. Puede que sea porque no tengamos experiencia de algo, y nunca pensamos en lo que ese algo le está costando a otro. Porque algo nos sería fácil, nunca nos damos cuenta del esfuerzo terrible que puede suponer para otra persona. Por eso es por lo que tan a menudo herimos de la peor manera a los que amamos. Uno puede que Le pida a Dios sentido común; pero algunas veces sería mejor pedirle esa percepción sensible y clarividente para ver lo que hay en los corazones de otros.

- c. Nos dice algo acerca de la mujer. Nos habla del alivio de la confesión. Todo había sido tan difícil y tan humillante. Pero, una vez que le dijo toda la verdad a Jesús, el terror y el temblor pasaron y una oleada de alivio le inundó el corazón. Y una vez que hizo su confesión lastimosa, encontró a Jesús muy amable. No debe costarnos confesarle las cosas a Uno que nos entiende como Jesús.

Hay un personaje adicional en esta historia que no es mencionado en el texto que analizamos, Jairo el dignatario de la sinagoga. En los textos que preceden a la narrativa de la mujer con flujo de sangre, se describe a Jairo, una persona de importancia en aquella época, que pide a Jesús que sane a su hija moribunda. Cuando Jesús iba con Jairo camino a su casa, se presenta la mujer con flujo de sangre. Esto detiene a Jesús y probablemente provoca en Jairo una tremenda angustia. Él pudo decir: “Jesús, qué importa esto, ¡mi hija está muriendo! Pero no vemos en este texto que Jairo reclamara. En el estudio siguiente veremos a Jesús obrando un milagro sobre la hija de Jairo, que para entonces había muerto, y lo veremos recompensando el amor al prójimo que este dignatario prodigó a la mujer de nuestra historia.